

Didáctica

Lectura y libertad

Juan Carlos Castelló Meliá

Resumen

Parte este artículo de una idea fuerza -de orden pedagógico-, de una convicción y, finalmente, de una desesperanza esperanzada. La idea fuerza a la que hacemos referencia es la afirmación heideggeriana de que "enseñar es dejar aprender". La convicción radica en pensar que la lectura tiene el poder de crear mundos y que esta experiencia está íntimamente vinculada a la experiencia de libertad y, de este modo, es un manantial de extraordinarias posibilidades para la formación de personas (que es, en última instancia, el fin de la educación, como tantas veces dijo Mounier). La desesperanza tiene que ver con las dificultades encontradas en la práctica docente para que nuestros estudiantes acepten la invitación a leer.

Abstract

This article focuses on the idea of strength -pedagogically speaking-, the idea of a conviction and, finally, on the idea of a lost hope. The idea of strength we are referring to is taken from Heidegger's idea of "teaching as a way of allowing people to learn". The idea of conviction is based on understanding reading as means of creating new worlds and this idea is closely related to the experience of freedom which is a source of unlimited possibilities to train people (which is the main goal of education, as Mounier had said many times). The lost hope we mentioned has to do with students' lack of interest in reading.

El diagnóstico es claro: leer no está de moda. Y el esfuerzo que los profesores-as de secundaria hacemos para que nuestros alumnos-as entiendan la importancia de la lectura parece infructuoso, habida cuenta de los resultados: el 'rincón del vago', en una época no sólo indolora sino también desídica y acídica, es el lugar más visitado por

los estudiantes, pues cambian la experiencia de *leer-viajar*¹ por la de *cortar-pegar*: del largo regreso a los intersticios –que es el viaje propio del lector²– al corto recorrido electrónico.

Y, sin embargo, la lectura tiene un poder formativo extraordinario. Y lo tiene en tanto que enlaza con la mejor forma de enseñar: la de dejar aprender³.

Leer, según la convicción que nos mueve, sería –parafraseando a Cioran– experimentar la magia de lo posible. Y lo primero posible a través de la lectura es, como decíamos, la creación de otros mundos, esto es, la factibilidad de la utopía, sobre todo en forma de liberación. De hecho, la libertad la entendemos aquí –con Ortega y Zubiari– como el hecho de crear inteligentemente un mundo de posibilidades y elegir la que creamos mejor (no se trata tanto de hacer lo que queramos como de poder responder como queramos a las cosas que nos pasan). Y el papel que juegan en ello las experiencias de lectura es significativo. Recordemos, por ejemplo, que saber leer no era para los afroamericanos del XIX un pasaporte inmediato para la libertad, pero sí una forma de acceder a uno de los instrumentos de sus opresores: el libro. Los amos de los esclavos sabían –quizás mejor que nosotros– que la lectura es una fuerza que requiere apenas unas pocas palabras para resultar aplastante. Alguien que es capaz de leer una frase es capaz de leerlo todo; más importante aún: puede reflexionar sobre la frase, actuar de acuerdo con ella o darle un significado propio. Por ello puede decirse –como sostenía D’Amicis– que los libros han ganado más batallas que las armas.

¹ En alemán, curiosamente experiencia se escribe «Erfahrung», que está directamente emparentado con el verbo «fahren», que significa viajar, emprender un viaje; y con la palabra «Gefahr», que significa riesgo, peligro.

² Como decía el título de una de las obras de HANDKE: *Pero yo vivo solamente de los intersticios*.

³ En particular, la experiencia de lectura como formación filosófica tiene también mucho que ver con la tesis nietzscheana de la transformación de la filosofía en filología, al menos en el sentido que le da en el prólogo a *Aurora*, cuando afirma: «filólogo quiere decir maestro de la lectura lenta, y el que lo es acaba también por escribir lentamente... Ese arte enseña a leer bien, es decir, a leer despacio, con profundidad, con cuidado, con atención y con intención, a *puertas abiertas* y con ojos y dedos delicados» (la cursiva es nuestra). Quizás «puertas abiertas» signifique lo mismo que el «dejar aprender» que pedía Heidegger. En última instancia, recoge la idea de filosofía crítica que defendemos entre líneas aquí.

1. Lectura y silencio

Leer, que inevitablemente es pensar –decía Unamuno que se medita rezando y se piensa leyendo–, no es tarea fácil, ni pasiva ni neutra, sino una experiencia fascinante, que exige entrenamiento y audacia, pues no sólo se trata de recolectar el sentido del texto, sino que también –y quizás primordialmente– de recrear, esto es, de ampliar nuestro propio horizonte de comprensión y, así, de abrir la posibilidad de nuevos mundos, o lo que es lo mismo, de nuevos sentidos para el mundo y la realidad. En este sentido, la experiencia de lectura se asemeja a la experiencia de liberación del prisionero de Platón⁴, que rompe sus cadenas y su mundo de sombras y ecos. Ahora bien, no hay que olvidar que es el propio texto el portador inicial de sentido, pero de un sentido «libre de toda atadura a los que opinan»⁵.

Ciertamente, una de las manifestaciones más reveladoras del poder de la lectura como invitación al pensamiento propio y crítico es el análisis de la idea de la subversión lectora. Para entender este proceso hay que hacer un poco de historia, porque todo empieza cuando –en torno al siglo IV– aparece una forma atípica de leer: la *lectura silenciosa* frente a la lectura en voz alta con o sin público (aparente)⁶.

Testigo de lo que decimos es Agustín de Hipona, que deja constancia en sus *Confesiones*⁷, cuando relata la *forma extraña* de leer de Ambrosio (por aquel entonces obispo de Milán): «cuando leía sus ojos recorrían las páginas y su corazón penetraba el sentido; mas su voz y su lengua descansaban. Muchas veces, estando yo presente (...) así le vi leer en silencio y jamás de otro modo». Y aunque sea posible encontrar ejemplos anteriores de lectura silenciosa, hubo que esperar al siglo X⁸ para que esa manera de leer llegara a ser ha-

⁴ Cf. «Mito de la caverna», *República VII*. (Cf. Anexos a la primera parte, 2).

⁵ GADAMER: *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977, p. 434.

⁶ La importancia de la lectura silenciosa resulta fundamental para la alfabetización, tanto en sentido directo como indirecto (potenciación de la imprenta): «El último tramo de la alfabetización, masiva y universal, tal como hoy se nos presenta, en un mundo estructural-normalizado, está vinculado a la extensión de la imprenta(...) Pero la extensión de la imprenta no hubiese sido tan efectiva sin la adquisición progresiva de otros hábitos sociales, como la aparición de la lectura silenciosa» (POCA, A.: *La escritura*. Montesinos, Barcelona, 1991, pp. 106-107).

⁷ VI, 3.

⁸ Las primeras reglas exigiendo silencio a los escribas en los monasterios datan del siglo IX.

bitual en Occidente⁹. Quizás el testimonio antiguo más significativo casi tanto como el de Agustín de Hipona–, pero claramente aislado, es el de Claudio Tolomeo en *Sobre el criterio*, donde señala que, a veces, la gente lee en silencio porque pronunciar palabras supone una distracción para el pensamiento.

Pero, ¿qué significado tiene el cambio desde la lectura en voz alta –pública– y la lectura en silencio –privada–? ¿Se ha abierto alguna brecha insospechada en el acto de lectura en silencio? El silencio, ¿sólo sirve para aislarse y evitar distracciones para el pensamiento? Si durante siglos la lectura ha sido en voz alta y el pensamiento ha sido posible, ¿por qué ahora el silencio? En todo caso, ¿qué tipo de pensamiento (silenciado) aporta la lectura (silenciosa)?

Según A. Manguel, la lectura silenciosa supone que «el lector era por fin capaz de establecer una relación sin restricciones entre el libro y las palabras», de modo que «el lector tenía tiempo de considerar y reconsiderar las inapreciables palabras cuyos sonidos –ahora lo sabía– podían resonar tanto fuera como dentro. Y el texto mismo, *protegido de los intrusos* gracias a su cubierta, se convertía en posesión personal del lector, en conocimiento íntimo»¹⁰ (la cursiva es nuestra).

Esto va a suponer un nuevo estatus para el lector, una nueva e inquietante dimensión del acto lector. De hecho, a algunos dogmáticos de esta época les inquietó la nueva tendencia; para ellos la lectura silenciosa permitía la acidia (el pecado de la pereza), pero, sobre todo, el peligro estribaba en que una lectura hecha en privado (en silencio), sobre la que se reflexiona a medida que la mirada –siempre «a mitad camino entre el saber y el preguntar», como decía Martín Santos en *Diez lecciones de sociología*– desentraña el significado de las palabras, no está ya sujeta a inmediata aclaración o asesoramiento, ni a condena o censura por parte de un oyente (como sí en la lectura en voz alta o lectura pública).

Además, la relación de lectura entre el lector (público) y el oyente es sometimiento, aunque sea una lectura inocente, en un lugar o una época de clara libertad. Efectivamente, escuchar leer a otros con el fin de purificar el cuerpo, hacerlo para disfrutar, para instruirse o conceder a los sonidos mayor valor que al contenido, enriquecen pero también empobrecen el acto de lectura. Rendirse a la voz del lector –Salvo que el oyente tenga una gran personalidad– condena al

⁹ Cf. A. MANGUEL: *Una historia de la lectura*. Alianza, Madrid, 2001, p. 61-ss.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 69 y 70.

oído a la lengua de otro, y por medio de ese acto se establece una jerarquía que somete al oyente al poder de aquél. La ceremonia de escuchar, en cualquier caso, priva al oyente de parte de la libertad inherente al acto de leer¹¹.

Pero volvamos a la lectura silenciosa. Lo que queremos mostrar ahora es que estos lectores –tan independientes– se tornaban a todas luces peligrosos¹². La acción de la censura, el control político y social, el dogmatismo, los totalitarismos... se tambalean. Los regímenes populares exigen que olvidemos y, por consiguiente, estigmatizan los libros como lujo superfluo; los regímenes totalitarios quieren que no pensemos y, en consecuencia, prohíben, amenazan y censuran. Y no les faltaba razón: «en situaciones como esas, los lectores son inevitablemente subversivos»¹³. Como tantas veces repitió Kafka, «uno lee para hacer preguntas». El caso de Lutero (*scriptura sola*, y lectura silenciosa, personal), la reforma y la contrarreforma, son evidencias –más tardías– de lo que decimos.

Los lectores (silenciosos) descubrieron desde antiguo maneras de subvertir el material que la sociedad colocaba en sus estanterías y el formato del acto mismo de lectura: de lo público a lo privado, de lo permitido a lo censurado y perseguido, y de lo controlado a la libertad. Incluso de forma extraordinariamente peculiar y sutil, pues en ocasiones precisamente el motivo de las lecturas en público era para escapar a la censura. Un ejemplo paradigmático de lo que decimos es el caso de Rousseau, al que las autoridades francesas prohibieron publicar sus *Confesiones*. Lo hizo durante el invierno de 1768 en varios hogares aristocráticos de París. También mucho antes los autores-lectores salvaron sus libros y su pellejo de la censura por el conocido como «argumento de la autoridad». Tenemos claras noticias de él, entre otros, gracias a la denuncia de Abelardo de la costumbre de atribuir a otros, como a Aristóteles o a los árabes, las opiniones propias, con el fin de evitar ser directamente criticados.

¹¹ Cf. A. MANGUEL, *Ibid.*, ed. cit., pp. 150-151

¹² Resulta curioso, aunque quizás no tanto, el hecho de que, aunque la Iglesia –con gran interés durante mucho tiempo por la ‘lectura pública y dirigida’– instituyó la pena capital en el año 382 (Concilio Romano), el primer caso de ejecución, al que le seguirán otros muchos, no se produzca hasta el 1022 (en Orleans), precisamente en esta época de lecturas silenciosas...

¹³ A. MANGUEL, *Una historia de la lectura*, ed. cit., p. 37.

2. Lectura y liberación

Pero quizás el caso paradigmático que resume con fuerza la importancia de la lectura como elemento fundamental para salvar la censura y, sobre todo, para fomentar la subversión en la búsqueda de la libertad es el de los esclavos afroamericanos. Efectivamente, durante años los esclavos afroamericanos aprendieron a leer superando extraordinarias dificultades, arriesgando la vida en un proceso que, debido a los obstáculos con que tropezaban, les llevaba en ocasiones varios años. Los relatos de su aprendizaje son muchos y heroicos. La nonagenaria Belle Myers Carothers –entrevistada por el Federal Writers' Project, una comisión creada en los años treinta para recoger, entre otras cosas, los relatos personales de antiguos esclavos– recordaba que había aprendido las letras mientras cuidaba al bebé del amo, que jugaba con un rompecabezas alfabético. El amo, al ver lo que la esclava intentaba, le propinó varios puntapiés. A pesar de las serias dificultades, Myres se salió con la suya y acabó aprendiendo a leer. A Leonard Black su amo le propinó tal paliza al descubrirlo con un libro entre las manos que, a pesar de su sed de conocimientos –según confesaba– pudo más el miedo y el dolor. Volvió a reencontrarse con los libros poco después de fugarse. Otro caso más: Doc Daniel Downdy recordaba que la primera vez que le pillaron tratando de leer (y escribir) le azotaron con una correa de cuero, la segunda vez que le descubrieron le azotaron con un látigo de siete colas... la tercera le cortaron la primera falange del dedo índice. Creemos que no volvió a leer hasta después de lograr la libertad.

La peor parte, sin embargo, se la llevaban aquellos esclavos que, sabiendo ya leer, trataban de enseñar a sus compañeros. Fue frecuente en todo el Sur de Estados Unidos que los propietarios de plantaciones ahorcaran a cualquiera de ellos que tratase de enseñar a deletrear a otros.

Pero también existieron esclavos que tuvieron mejor oportunidad. Como recuerda el escritor estadounidense Frederick Douglass, que nació en la esclavitud, «el escuchar con frecuencia a mi ama leer la Biblia en voz alta... despertó mi curiosidad sobre el *misterio* de la lectura, y provocó en mí el deseo de aprender. Hasta entonces no sabía nada de ese arte maravilloso, y mi inexperiencia e ignorancia de lo que podía hacer por mí, así como la confianza en mi ama, me alentarón a pedirle que me enseñara a leer... En poquísimos tiempo –sigue relatando F. Douglass–, con su amable ayuda, aprendí el alfabeto y fui capaz de deletrear palabras de tres o cuatro letras... Mi

amo prohibió a su mujer que siguiera instruyéndome... pero su voluntad de mantenerme en la ignorancia sólo sirvió para afianzar mi resolución de seguir adelante»¹⁴. Ya hemos dicho que, en este tipo de situaciones, los lectores son inevitablemente subversivos. El caso de F. Douglass y tantos otros corroboran este aserto y le dan rostro.

Pero –de nuevo– ¿por qué tanto miedo a la lectura? Era evidente que, para el esclavo, leer no era, sin más, su pasaporte para libertad. Pero el miedo del amo al esclavo lector hace palpable una brecha en la relación de dominio. Esa brecha empieza cuando el esclavo es capaz de acceder a uno de los instrumentos más poderosos de los opresores: el libro. Y es que en esa lectura inevitablemente silenciosa, el esclavo (el lector) es capaz de hacerse preguntas. Entonces empieza el movimiento dialéctico –tan temido– de todo lector: la lectura nos lleva a hacernos preguntas; después ya se lee –como señalaba Kafka– para hacer preguntas.

Precisamente para evitar preguntas se prohíbe la lectura. Los dictadores lo saben: una multitud analfabeta es más fácil de gobernar. Si no es posible el analfabetismo, el segundo recurso del dictador es redactar la lista de libros prohibidos y hacer de la lectura un acto de lectura oficial. Ya lo dijo Voltaire, en un panfleto satírico titulado *Del terrible peligro de la lectura*: los libros disipan la ignorancia, que es custodia y salvaguarda de los Estados bien gobernados.

3. Lectura y subversión

Saben los dictadores y, en general, los dominadores, que los libros pueden cambiar la faz del mundo. Más contundente se muestra Böll cuando sostiene que «los libros deben cambiar el mundo (...); los libros siguen cambiando la faz del mundo, aunque lo quieran o no, aunque sus autores lo quieran o no; y no sólo los libros cuyas repercusiones han sido notorias, como por ejemplo las novelas de Dickens, modificadoras del sistema escolar y benéfico social inglés»¹⁵.

Los libros cambian, lo quieran o no, la faz del mundo. Y como confirmando la noción de exuberancia orteguiana¹⁶, sigue diciendo

¹⁴ *The life and Times of Frederick Douglass*. Hartford, Conn, 1881; cit. por A. MANGUEL: *Una historia de la lectura*, ed. cit., pp. 314-315.

¹⁵ *Más allá de la literatura*. (Ensayos políticos y literarios). Bruguera, Barcelona, 1986, p. 62.

¹⁶ Pero Ortega refuerza su tesis –sobre todo de la exuberancia–, formalizándola en dos principios en su proyectada *Axiomática para una nueva filología*, a

Böll al respecto: «una de las ironías de la escritura es que a menudo los libros de autores que escriben sin un propósito determinado contribuyen más a cambiar el mundo que los de aquellos que no cesan de invocar sus intenciones (...). Sin duda –añade– el autor de un libro no está eximido de responder a la pregunta de si quiere o no cambiar el mundo, pero su negación o su afirmación no influyen en absoluto sobre la realización de sus verdaderos propósitos. Cuando alguien hace uso de la lengua, o ésta de él, penetra en ámbitos donde ya no es posible controlar las repercusiones (...). Con cada palabra está pagando una herencia cuyo montante desconoce y nunca sabrá qué mundos está poniendo en movimiento con una determinada palabra en un determinado lector»¹⁷. (Precisamente por ello desconocemos el número de vidas de un libro).

Así pues, parece claro que los libros sin pretensiones no existen. Y ello lo saben –curiosa intuición– todos los dominadores (amos de esclavos, dictadores...). A tales pretensiones no pueden escapar ni el escritor ni el lector. Y esto genera una extraña responsabilidad: «las palabras (...) apenas escritas o pronunciadas (leídas) se transforman y cargan sobre aquel que las escribió o pronunció una responsabilidad que raras veces es capaz de asumir»¹⁸. Este fenómeno –concordante, insistimos, con la exuberancia señalada por Ortega– se explica a través de la memoria del logos –en expresión de Lledó–: «la palabra lleva dentro una inmensa herencia, quien la escribe debería conocer este legado y sus posibles transformaciones. Si fuéramos conscientes de ese tesoro que cada palabra oculta (...), descubriríamos que tras cada palabra hay un mundo, y quien tiene tratos con

saber: a) todo decir es deficiente (dice menos de lo que quiere; b) todo decir es exuberante (da a entender más de lo que se propone). Y es precisamente en el *quicio de esta exuberancia* donde se abre el aspecto fundamental de la experiencia de lectura como potencial transformador de la vida humana, esto es, como pedagogía de y para la vida y, así, elemento didáctico –no sólo en filosofía– de grandes posibilidades. Efectivamente, como decíamos, leer invita a pensar: el momento de «exuberancia» es su campo de juego. Leer más de lo que el autor dice (o pretende decir) implica que en la propia estructura del texto –de cualquier texto: filosófico, literario, religioso, etc.– hay una ineludible implicación reflexiva y que ésta transcurre por el pensamiento como sendero habitual. Si la lectura es posible, precisamente, es porque el texto no es absolutamente hermético: la tarea de la lectura –ahora en palabras de Ricoeur– es «completar el texto en palabra actual»; es más, «leer es encadenar un discurso nuevo al discurso del texto».

¹⁷ *Más allá de la literatura*, ed. cit., pp. 62-63.

¹⁸ *Ibid.*, ed. cit., p. 45.

las palabras (...) debería saber que pone mundos en movimiento y hace surgir unos seres escindidos: lo que puede consolar a uno, a otro lo hiere a muerte.¹⁹

Por todo ello la quema de libros sea quizás la manifestación más paradigmática del miedo por parte del poder (ilegítimo) al lector (silencioso). La historia nos ilustra con sobrados episodios, como el caso de Protágoras, cuyas obras se quemaron en Atenas (411 a. C.); el emperador chino Shih Huang-ti, en el año 213 a. C., trató de acabar con todos los libros del reino, quemándolos; Una revuelta de los macabeos en el año 168 a. C. acabó con la destrucción deliberada de la Biblioteca Judía de Jerusalén; Augusto envió al exilio a los poetas Cornelio Galo y Ovidio, prohibiendo sus obras (corría el siglo I); Calígula ordenó quemar todos los libros de Homero, Virgilio y Tito Livio (afortunadamente el edicto no llegó a cumplirse); Diocleciano, en el año 303, condenó al fuego todos los libros cristianos. Pero estos hechos no responden a esquizofrenias de mandatarios incultos e incivilizados. El 10 de mayo de 1933, en Berlín, mientras las cámaras filmaban, el ministro de propaganda alemán Paul Joseph Goebbels, habló mientras se quemaban más de veinte mil libros, delante de una multitud jubilosa de más de cien mil personas²⁰: «esta noche hacéis muy bien arrojando al fuego estas obscenidades del pasado. Se trata de una enorme manifestación de poder, llena de simbolismo, por la que el mundo entero sabrá que el viejo espíritu ha muerto. De esas cenizas se alzará el fénix del nuevo espíritu». Pero el espíritu —eso no lo sabía Goebbels— siempre está de parte del lector. Un último ejemplo: en 1981, la junta militar presidida por Pinochet, prohibió en Chile el *Quijote*, porque el general creía —y en esto tenía razón— que contenía un alegato en defensa de la libertad personal y un ataque contra la autoridad convencional.

¹⁹ *Ibid.*, p. 45.

²⁰ Quizás muchos de ellos serían propietarios de tales libros. Incluso —y esto es lo peor— fueron lectores empedernidos. Pero cuidado: dejaron de serlo. Porque todo lector puede también mentir y engañar. ¿Cómo? «Subordinando caprichosamente un texto a una doctrina, a una ley arbitraria, a una ventaja personal, a la conveniencia de los propietarios de esclavos o a la autoridad de los tiranos» (MANGUEL, A.: *Una historia de la lectura*, ed. cit., p. 323). Pero entonces ya no es un lector; sólo sabe muy bien el alfabeto. Desde aquí engarzaríamos con la cuestión siguiente: ¿cómo pudo una sociedad culta, de muchos y grandes lectores, escritores y pensadores, como fue la Alemania de los años 30, provocar un holocausto de tales dimensiones? Aunque es un tema apasionante, se desvía del camino del presente trabajo y nos llevaría demasiado lejos. No obstante, el asunto está ahí, latente.

Así pues, «no es mero azar –confirma Böll– que en todas partes donde se considera al espíritu como un peligro, se prohíba primero los libros, y se someta a estricta censura a los periódicos, revistas y mensajes radiofónicos. Entre dos líneas, en ese diminuto y blanco espacio de tiro del impresor, se puede acumular suficiente dinamita como para hacer saltar varios mundos»²¹. Por ello en todos los Estados donde reina el terror, la palabra es casi más temida que la resistencia armada. Sin duda, «la lengua puede ser el último baluarte de la libertad»²². De ahí la insistencia en el dominio –dominación– de (y a través de) la palabra: «le estamos dando al idioma su forma final –dice Orwell en su magnífica novela 1984–, la forma que tendrá cuando nadie hable más que neolengua. Cuando termine nuestra labor, tendréis que empezar a aprenderlo de nuevo. Creerás seguramente que nuestra principal tarea consiste en inventar palabras nuevas. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma hasta dejarlo en los huesos... ¿No ves que la finalidad de neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final acabaremos haciendo imposible todo crimen del pensamiento... Cada año habrá menos palabras y el radio de acción de la conciencia será cada vez más pequeño... Nuestra ortodoxia es la inconsciencia».

Dice amargamente Böll que «la palabra, cuando está a merced de los demagogos sin escrúpulos, de los políticos que sólo conocen la táctica, de los oportunistas, pueden causar la muerte de millones de seres humanos; las máquinas creadoras de la opinión pública pueden dispararla como una ametralladora sus proyectiles (...) El dicho: 'si las palabras pudieran matar' hace ya tiempo que ha pasado de subjuntivo a indicativo'. Las palabras pueden matar. El dejar pasar la lengua a zonas donde se convierte en asesina sólo depende de la conciencia»²³. Por esto quería uno de los protagonistas de 1984 aupar el reino de la inconsciencia. Malmberg lo resume de este modo: el que quiera ser dictador haría bien en estudiar semántica.

En este sentido puede afirmar Böll, en el homenaje que le concedía la ciudad de Wuppertal: «Quien homenajea a un escritor libre, homenajea al escritor, su obra, la promesa que puede haber en ella, pero también rinde homenaje a la libertad, así como a los posibles errores y disparates que pueden surgir de esa libertad. *Jamás serán errores y disparates asesinos mientras la lengua no se separe de la*

²¹ *Más allá de la literatura*, ed. cit., p. 45.

²² *Ibid.*, p. 46.

²³ *Ibid.*, p. 46.

conciencia. La separación, la esquizofrenia es de aquel que dispone de la lengua, de esa inmensa riqueza, pero se contenta con el miserable sueldo que suelen pagar los poderosos a quien está dispuesto a despojar a las palabras de su herencia»²⁴ (la cursiva es nuestra). Por ello acabará sosteniendo Böll que el escritor –y, en cierto modo, el lector– sólo tienen una opción: «dar todo de sí en un determinado momento o no dar nada, es decir, permanecer en silencio»²⁵.

La libertad bajo palabra y la palabra bajo conciencia. He ahí la fórmula de la dignidad humana. Hay métodos terribles para despojar al hombre de su dignidad: la tortura, la esclavitud... Pero hay otros más terribles: «los que se apoderan como una insidiosa enfermedad de mi espíritu, obligándome a decir o a escribir una frase que no pueda sostener ante la instancia más arriba mencionada: la conciencia»²⁶.

Por ello, la esperanza –ilusoria– de quienes queman libros es que, al hacerlo, eliminar de un golpe el pasado que no interesa y, sobre todo, la estúpida costumbre de los lectores de hacerse y de hacer preguntas constantemente: borrar la palabra libre de la conciencia y de la memoria, tratando de domesticarlas y de evitar, así, la pregunta. Pero, como decía Ortega, «nada aparece ante nosotros como realidad sino en la medida en que es indócil»²⁷. El proceso de escritura, el libro y el lector son incombustibles. No es posible la total y absoluta domesticación de la conciencia y de la palabra. Precisamente «la doctrina de Ortega –nos dice Garagorri– es una respuesta a ese concreto problema, el de la insumisión, la indocilidad de la vida como objeto de conocimiento»²⁸. El escritor de Böll –libre y cuidador de la palabra– y el lector libre –el que tiene una verdadera experiencia de lectura– son andariegos, van haciendo camino, «pero un camino que, conforme se va haciendo, se va enrollando sobre sí mismo y, cargado al dorso del caminante, de camino se transforma en equipaje»²⁹, en bagaje: por eso el hombre consiste en su historia³⁰. El lector autentifica esa historia en superlativo.

²⁴ *Ibid.*, pp. 47-48.

²⁵ *Ibid.*, p. 48.

²⁶ *Ibid.*, p. 49.

²⁷ O.C., VI, p. 178.

²⁸ GARAGORRI, P.: *La filosofía española en el siglo XX. Unamuno, Ortega y Zubiri*. Alianza, Madrid, 1985, p. 99.

²⁹ O.C., IX, p. 361.

³⁰ Aquí podíamos anclar el asunto de la narración –razón narrativa– como estructura de la experiencia de lectura. Pero parece conveniente dejarlo sólo indicado para retomarlo cuando hayamos ido madurando otros conceptos fundamentales de la filosofía de Ortega.

5. Conclusión

Volvamos ahora a los inicios de este escrito y recordemos –de nuevo– a Agustín de Hipona su descubrimiento de la extraña lectura de san Ambrosio: «al contemplar a san Ambrosio leyendo aquella tarde del año 384, difícilmente podría haber comprendido Agustín lo que veía. Pensó que estaba viendo a un lector que trataba de eludir visitas molestas, y que reservaba la voz para sus clases. Pero en realidad estaba viendo a una multitud, a un ejército de lectores silenciosos, entre los que, a lo largo de muchos siglos, figurarían Lutero, Calvino, Emerson, y nosotros, leyéndolo hoy»³¹.

Olvidar los inicios del acto de lectura silenciosa, perder a estos primeros lectores silenciosos –perder el acto mismo de la lectura silenciosa– es una tragedia para cualquier civilización. El poeta Richard Wilbur, pensando en los lectores etruscos perdidos, escribió el poema «A los poetas etruscos», que dice:

*Soñad en paz, hermanos inmóviles, que de niños
Mamasteis, con la leche, la lengua materna,
en cuya matriz inmaculada, uniendo mundo y mente
os esforzasteis por dejar, para la posteridad, algunos versos,
semejantes a una huella sobre un campo nevado
sin prever que todo pudiera derretirse y desaparecer.*³²

Hay que fomentar la lectura –que es lectura silenciosa–. Su potencial de subversión es extraordinario. Y la subversión, en casos como los que acabamos de comentar, es imprescindible. Pero más importante todavía es la formación para que no sea necesaria, precisamente, la subversión.

Habrán otras razones para fomentarla, pero me parece que la esbozada aquí tiene, por sí sola, fuerza suficiente para volver a tener esperanza.

Abril de 2006

Juan Carlos Castelló Meliá
IES Benigasló
Castellón de la Plana

³¹ *Una historia de la lectura*, ed.cit., p. 73.

³² “To the Etruscan Poets”, en *The Mind Reader* (Nueva York, 1988). Traducción de José L. López Muñoz.